

lo que veían hacer á los vencidos. Admirémos, pues, á los Bárbaros, que permanecieron puros en el seno de la impureza. No se les vió jamas mancharse con un amor contra naturaleza; no se les vió ni aún frecuentar los sitios de prostitucion. Lo que yo digo, exclama *Salviano*, apénas es creíble. ¡Grande, eminente debe ser la virtud de los Bárbaros, para resistir á los atractivos de la corrupcion que los rodea, que los solicita!» (1). *Salviano* se engañaba al creer que los Vándalos purificarían al Africa de los vicios que en ella reinaban. El contagio romano fué más fuerte que la pureza germánica: los conquistadores acabaron por revolcarse en el fango lo mismo que los vencidos, y compartieron su suerte.

Salviano fué testigo de las devastaciones, de los excesos cometidos por los pueblos del Norte; los pinta con sombríos colores; sin embargo, comparando á los Romanos con los Bárbaros, no duda en celebrar á los vencedores, y en glorificar á Dios por la transformacion que opera por su ministerio. El orador cristiano presente la mision providencial de los Germanos. Se propone justificar la Providencia que los cristianos negaban en medio de los males que los abrumaban; en esta justificacion resplandecen los designios de Dios. Los Romanos que *Salviano* compara con los Bárbaros eran cristianos; aquel estado miserable del Imperio, que deplora el sacerdote de Marsella, era el estado de una sociedad cristiana. Cinco siglos habian trascurrido desde la predicacion del Evangelio. El mundo, al parecer cristiano, no habia cesado de corromperse y de marchar hácia la decrepitud y la disolucion. ¡Vengan, pues, los Bárbaros!

(1) SALVIAN., VII, p. 169, 172, 182.

LIBRO SÉPTIMO.

FILOSOFÍA CRISTIANA.

CAPÍTULO I.

FILOSOFÍA Y RELIGION.

SECCION I.ª—EL CRISTIANISMO Y LA FILOSOFÍA.

§ I.—Consideraciones generales.

El cristianismo lucha con el mundo antiguo durante cinco siglos; el combate no cesa hasta que la antigüedad misma se derumba á los golpes de los Bárbaros. Hemos descrito la oposicion del paganismo contra la nueva religion, el ódio del nombre cristiano, la persecucion y el triunfo del Evangelio. Una oposicion igualmente viva tuvo lugar en el terreno de las ideas entre la doctrina cristiana y la filosofía. Las cuestiones agitadas en estos largos debates tienen por sí mismas una gran importancia, porque se trata de los elementos esenciales del espíritu humano, la religion y la filosofía. Pero la lucha del neoplatonismo y del cristianismo tiene para nosotros un interes más inmediato todavía. Hay sorprendentes analogías entre nuestra época y los últimos siglos del mundo antiguo: la religion tradicional hace esfuerzos deses-

perados para recobrar el imperio de las inteligencias que ha perdido: la filosofía, después de haber destruido las antiguas creencias, siente la necesidad de la fe para salvar y regenerar á la humanidad, y busca en sí misma los principios de una religion nueva. El porvenir de la civilizacion depende del éxito de estas tentativas. Tratemos de descubrir en lo pasado alguna luz para el presente y el porvenir.

Consignemos ante todo que el mundo actual, sean cuales fueren sus miserias, es sin embargo muy superior á la antigüedad moribunda. El cristianismo, á pesar de los errores que andan mezclados con sus dogmas, no puede sin impiedad ser comparado con el paganismo. Igualmente nuestra filosofía, á pesar de sus vacilaciones y decaimientos, hace una apreciacion de las necesidades de la sociedad más exacta que el neoplatonismo. Los filósofos griegos querian resucitar una religion muerta; una parte por lo ménos de los filósofos modernos se lanza atrevidamente hácia el porvenir. Sin embargo, no nos hagamos ilusiones respecto de esta superioridad: en el fondo nuestro estado social es tan triste como el del Imperio romano. En vano se dice que el cristianismo domina aún sobre los pueblos, que su imperio es indestructible; cuando una religion es abandonada por las inteligencias superiores, podrá vegetar aún durante algunos siglos, pero lleva en sí el gérmen de una muerte cierta. Se han combatido por medio del ridículo los ensayos practicados para fundar religiones nuevas. Cuando ménos estas tentativas prueban una cosa, y es que el cristianismo histórico no satisface ya al sentimiento religioso; demuestran además que de todas las necesidades de la naturaleza humana la religion es la más indestructible. Si las escuelas de Saint-Simon y de Fourier han sido impotentes para reconstituir la sociedad, ¿quiere esto decir que el actual estado de cosas haya de durar siempre?

En presencia de una religion arruinada en sus fundamentos, ¿cuál es la mision de la filosofía? El majestuoso edificio de la Iglesia es imponente por su antigüedad y por sus inmensas proporciones. Bajo la influencia, y en cierto modo bajo la presion de esta tradicion secular, se ha creído en la posibilidad de armonizar la religion y la filosofía. Se ha tratado de concordar los dogmas cris-

tianos y las especulaciones filosóficas; no se ha visto que en esta alianza tenian que perecer la religion ó la filosofía. El destino de los neoplatónicos, tratando de devolver la vida al paganismo dando un sentido filosófico á fábulas desacreditadas ya, nos da á conocer la suerte de estas tentativas. ¿Tendremos, pues, que conformarnos con una filosofía que no satisface al sentimiento religioso y con una religion abandonada por los filósofos y buena únicamente para las masas ignorantes? La filosofía no se confundirá jamás con la religion, y no puede reemplazarla: hé aquí la enseñanza que nos ofrece la lucha de los neoplatónicos con el cristianismo. Una religion que no domina ya las inteligencias está muerta; testigo el paganismo, cuya ruina fué inevitable el día en que los filósofos lo atacaron. Los trabajos de la filosofía antigua prepararon una doctrina más elevada que el politeísmo. Cuando los tiempos se hubieron cumplido, Dios iluminó al mundo con un nuevo rayo de la Eterna Luz, y la humanidad comenzó una vida nueva. Tal es también la mision de la filosofía moderna. Cuando haya preparado los espíritus no faltará religion; dudarle sería desesperar del porvenir, sería negar á Dios.

§ II.—Oposicion entre el cristianismo y la filosofía.

El cristianismo procede en parte de la filosofía antigua; sin embargo, la filosofía no tiene enemigo más apasionado que los primeros cristianos. Ignorando las leyes del desarrollo de la humanidad, rechazan toda sabiduría humana en nombre de la revelacion (1). La atrevida pretension de los hombres de conocer la verdad por el solo esfuerzo de la razon les parece una rebelion contra Dios, autor de toda sabiduría: la filosofía, tan decantada, es á sus ojos una inspiracion de los demonios (2). Los Padres de la Iglesia, los mismos que lo deben todo á los pensadores de la Gre-

(1) LACTANT., *Divin. Inst.*, III, 16: «*Omnis philosophia abjicienda est.*»

(2) TERTULIANO representa á la filosofía como una especie de parodia de la sabiduría divina, tomada de la tradicion hebráica, pero, vuelta contra la verdad, y obra de los espíritus del error (*Apolog.* 47).

cia, los rechazan; prefieren Moises á Platon; la sabiduría de los filósofos es siempre para ellos la sabiduría de los pecadores (1). Los oradores cristianos la prodigan el desprecio y el insulto. Crisóstomo compara á Pitágoras y á Platon con los niños (2). Basilio dice que, á la manera de los mochuelos, que ven en las tinieblas, y á quienes el sol deslumbra, los filósofos tienen perspicacia para contemplar las cosas vanas y son ciegos para ver la verdadera luz (3). Unos se asustan de una sabiduría que no procede de Dios: ¡dichosos, exclama Efremito, los que no han probado nunca la hiel de la filosofía griega (4)! Otros afectan un soberbio desden respecto de los filósofos: «Los Griegos, dice Cirilo, nos oponen un cierto Empedocles y Anaximandro con un Pitágoras y un Platon, y otros varios que son los autores de sus creencias impías, ó más bien el origen de su ignorancia.» Cirilo los acusa por haber tomado su ciencia de Moises: «Mientras se mantienen fieles á los libros santos, dicen la verdad; en cuanto se separan de ellos, parece que los acomete el delirio» (5). Todos los Padres repiten esta acusacion; no pueden explicarse los elevados pensamientos, la moral pura de los filósofos, sino suponiendo que los han tomado de la tradicion hebráica. La buena fe hace perdonar estas preocupaciones; pero ¿qué debemos pensar al ver á los Gregorios y Teodoretos emplear las injurias más groseras, echando en cara á Solon la avaricia, á Jenócrates la voracidad, á Platon la gula, y comparando á Sócrates con el último de los hombres (6)?

¿Cuál es la causa de estos violentos ataques? Hay una oposicion profunda entre el espíritu de la filosofía antigua y el espíritu del cristianismo, áun cuando los filósofos y los cristianos estén conformes sobre casi todas las grandes verdades. Escuchemos á Pascal: «Los filósofos paganos se han elevado á veces sobre el res-

(1) ORÍGEN., *Select. in Psalm. Homil.* III, 6 (t. II, p. 666).

(2) CHEYSOST., *in Joann. Homil.*, II (t. VIII, p. 8, D.).

(3) BASIL., *in Hexaemer. Homil.*, VIII, 7.

(4) EPHRAEM., *adv. scrutator. Serm.* II (t. VI, p. 4, D.).

(5) CYRILL., *c. Julian.*, lib. I, p. 7, B.; p. 16, B.

(6) GREGOR. NAZ., *Orat.* III (p. 78, C. D.). — THEODORET., *adv. Graec.* (t. IV p. 672 y sig.).

to de los hombres, por algunos sentimientos que guardaban conformidad con los del cristianismo. Pero no han reconocido nunca como virtud lo que los cristianos llaman humildad, y hasta la hubieran creído incompatible con las demas que profesaban. Solamente la religion cristiana ha sabido reunir cosas que hasta entonces habian parecido tan opuestas, y ha enseñado á los hombres que, léjos de ser la humildad incompatible con las demas virtudes, todas las demas sin ella no son más que vicios y defectos.» Esta es la razon por la cual San Pablo reprueba á los sabios del mundo: «Han conocido á Dios y no le han glorificado como Dios, no le han dado gracias, sino que se han extraviado en vanos razonamientos, y su corazon, destituido de inteligencia, se ha llenado de tinieblas; llamándose sabios, se han convertido en locos» (1). «¿Cuál es el camino para llegar á la verdad? exclama San Agustín. El primero es la humildad, el segundo la humildad, y el tercero la humildad. Si se me hiciera la misma pregunta mil veces, no daria otra respuesta» (2). Los Padres exaltan á Jesucristo como *doctor de la humildad* (3). Lo que principalmente echan en cara á los filósofos es el orgullo, la vanidad (4): estos vicios corrompen hasta sus virtudes, porque en sus acciones y pensamientos no tienen presente á Dios, sino á la gloria (5). El orgullo ha perdido á los filósofos (6).

Hay algo de fundado en estas censuras. La antigüedad pagana pecaba por un exceso de confianza en la naturaleza humana; á fuerza de exaltarla habia olvidado á Dios. Pero en lo que los Padres de la Iglesia condenan como orgullo y vanidad hay tambien un sentimiento legítimo: la conciencia de nuestro valor, la libertad de espíritu, la independenciam de la razon. Partiendo de la fe, los cristianos no podian aceptar la libertad de procedimiento del espíritu humano. Debían reprobear las tendencias de la filosofía,

(1) PABLO., *Rom.*, I, 21, 22.

(2) AUGUSTIN., *epist.*, 118, 22.

(3) IBID., *in Joann. Evang.*, 25, 18; ID., *Serm.* 62, 1.

(4) TERTULL., *De anima*, c. I: «*Philosophus, glorie animalis*» — AUGUSTIN., *De spiritu et Litt.*, § 19: «*Eorum proprie vanitas morbus est.*»

(5) ORÍGEN., *in Numer. Homil.*, I, 2; XI, 7.

(6) AUGUSTIN., *Confess.*, VII, 9, 21.

tanto más cuanto que el orgullo filosófico invadía la Iglesia y daba origen á una multitud de sectas. El fogoso Tertuliano persigue á los filósofos como á *los patriarcas de los heréticos*: « No hay herejía que no tenga su origen en sus doctrinas; Valentiniano era platónico; Marcion estóico. La eternidad de la materia procede de Zenon; la negación de la inmortalidad de Epicuro. » Tertuliano maldice á Aristóteles, cuya dialéctica proporciona á los herejes el instrumento de sus malos razonamientos y de sus errores (1). Los maniqueos y los arrianos, esos peligrosos adversarios del cristianismo, provenían también de la filosofía (2).

Las sectas nacen con el cristianismo. Dirémos como el gran apóstol, pero en otro sentido: conviene que haya herejías. La humanidad no posee nunca la verdad entera. La unidad absoluta, libre de toda contradicción, toda investigación, todo movimiento intelectual, sería la muerte, si fuese posible. Es, pues, indispensable que haya herejías. Léjos de maldecir á los filósofos, nosotros los aplaudimos, porque han protestado contra pretensiones funestas. Los cristianos no podían tener esta imparcialidad: tenían que rechazar á los herejes y á sus aliados los filósofos como á sus más peligrosos enemigos. La existencia misma del cristianismo estaba interesada en ello; al luchar contra los heréticos y los filósofos, los Padres luchaban en pro del espíritu de la sociedad nueva y contra el espíritu de la antigüedad.

Aquí llegamos á la causa más profunda de la oposición que separa al cristianismo de la filosofía. La filosofía es uno de los elementos de la civilización pagana; ahora bien, bajo el punto de vista de la Iglesia, hay entre el cristianismo y aquella civilización el mismo antagonismo que entre la luz y las tinieblas; de un lado está el reino de Dios, del otro el de Satanás. Jesucristo ha venido á rescatar con su muerte la masa corrompida del paganismo. No había, pues, más que un medio de salvación para el mundo pagano; tenía que renunciar á sí mismo, abdicar de su genio, de su pasado, para unirse con el cristianismo. Esto era pedir á la antigüedad un sacrificio imposible; así es que la lucha fué sin tregua

(1) TERTULL., *De anim.*, c. 3, 23; *adv. Marc.*, v, 19; *De præscript. hæc.*, c. 7.

(2) PETAVIUS, *Prolegom. in Opus Doqm. Theol.*, c. 3.

y no cesó sino cuando los Bárbaros, esos terribles auxiliares de Cristo, aparecieron en la escena. La maldición lanzada á la sociedad pagana alcanzaba á la filosofía lo mismo que á la religión: los filósofos eran considerados como los doctores del paganismo. Verdad es que los primeros sabios de la Grecia habían atacado y arruinado las creencias populares; pero aún cuando reprobaban el politeísmo, no habían pensado en reemplazarlo: el orgullo aristocrático de los filósofos reservaba la filosofía para las altas inteligencias y dejaba la superstición para las masas. Cuando el cristianismo triunfante llegó á punto de acabar con la filosofía y la civilización, cuya gloria era, los filósofos abrazaron el partido de las antiguas creencias; no porque renegasen de sus doctrinas para echarse ciegamente en brazos de lo pasado, sino porque trataron de reanimar el paganismo espirante, conciliándolo con la filosofía por medio de una interpretación simbólica. Los filósofos acabaron por combatir el cristianismo cuerpo á cuerpo. Prueba evidente de que los primeros cristianos no se habían engañado al ver en la sabiduría de la Grecia un enemigo de la sabiduría divina.

Sin embargo, esta oposición entre lo divino y lo humano es un error nacido del dogma de la revelación. La filosofía es divina lo mismo que el Evangelio. ¿Por qué, pues, aquella lucha, á muerte entre el cristianismo y la civilización pagana? Los filósofos habían preparado el cristianismo, pero no podían aceptar la religión nueva, porque ésta, en su espíritu exclusivo, no dejaba lugar alguno á la libertad intelectual. Había entre la filosofía y la religión un abismo: la Encarnación. Si la religión triunfó, fué porque tenía en sí el poder de que carecía la filosofía; su misión era educar á los Bárbaros que iban á presidir el nuevo desarrollo de la humanidad. El cristianismo desempeñó esta elevada misión; los filósofos no hubieran pensado siquiera en emprenderla.